

PEDRO MONTANER

(Ingeniero de Caminos)

oooooooo

DE HACE TREINTA AÑOS

CRÓNICAS FILIPINO-INGENIERILES
DE UN EX-PRISIONERO



Diana, Artes Gráficas
Larra, 6, Madrid
1930



FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO



FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

45582

88/054

FUNDACIÓN JUANELO TURRIANO
BIBLIOTECA

DE HACE
TREINTA AÑOS



FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

1

[Handwritten signature]

DE HACI
TREINTA AÑOS



FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

Joaquín Barrio del X

PEDRO MONTANER

(Ingeniero de Caminos)

oooooooo

DE HACE TREINTA AÑOS

CRÓNICAS FILIPINO-INGENIERILES
DE UN EX-PRISIONERO



Diana, Artes Gráficas

Larra, 6, Madrid

1930



FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

STUDIO MONTAÑA

(Impresión en color)

1970

DE HACER TREINTA AÑOS

COMO LA TIENDA MONTAÑA

DE LA ALHAMBRA



Impresión en color

1970



FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

AL CUERPO DE INGENIEROS DE CAMIINOS,

Como testimonio de gratitud inextinguible.

EL AUTOR.



FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

AL SEÑOR DON JUAN DE TURRIANO

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

DE LA HISTORIA



FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

A MODO DE PROLOGO

"Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse, que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen, con otras obras, pongo en su lugar deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera."

(El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Parte II. Capitulo LVIII.)

Nada mejor que el precedente párrafo del más grande ingenio de la tierra hispana, para motivar las deshilvanadas páginas de mis crónicas filipinas.

Relátanse en ellas los antecedentes y mis desventuras en el archipiélago magallánico, en el que comenzando como Ingeniero al servicio del Estado, terminé como prisionero de los revolucionarios filipinos.

El Cuerpo de Ingenieros de Caminos, en un movimiento espontáneo de generoso impulso, acudió a mi liberación, y



si no la determinó, porque sobrevino antes por otras vías, no por eso fué menos meritoria y admirada esa muestra insólita de compañerismo, y el dinero de la suscripción que el Cuerpo nutrió, si no hubo lugar a que se aplicara para sacarme de la prisión, se aplicó a sacar de la indigencia a los dos ex prisioneros, en los primeros momentos de su liberación.

Y yo, que no puedo pagar con obras la magna obra que por mí realizó el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, sigo el consejo cervantino y publico la inolvidable hazaña de mis compañeros de Cuerpo, para mostrar a éstos que también la recomendaría con obras si pudiera.

Alguien pensará, que en estos testimonios de gratitud no puedo ufanarme de celeridad, pero mi quebrantada salud de los primeros y postreros tiempos y apremios del servicio oficial en los intermedios, pueden justificar mi demanda de perdón por la demora, que desde luego reconoce y confiesa

Pedro Montaner.



POST-SCRIPTUM

Terminado con las precedentes líneas, que las prologaban, el borrador de mis crónicas, me pareció que, siendo ellas una muestra de gratitud, por una obra en la que el Cuerpo utilizó como instrumento a la *Revista de Obras Públicas*, era obligado ofrecer a ésta la publicidad de mi engendro.

Así lo hice, no sin sospechar que estas superficiales y deslabazadas crónicas encajaban mal en las páginas, todo atildamiento y hondura, de nuestra entonada revista profesional; su Director, siempre benévolo y cortés, me dijo, no obstante, que examinaría mi borrador y oída la Junta de redacción, me transmitiría en plazo breve lo que se determinaba.

Esto ocurrió el día que cayó la Dictadura, y claro es que aunque nada he sabido desde entonces, presumo lo que se determinó, y además deduzco que el Director ha preferido dejarme entrever la repulsa por el silencio a mostrármela concretamente.

Es un nuevo título a mi reconocimiento; pero, como por una parte mis crónicas son una ofrenda de gratitud a mis compañeros, y por otra, entre tirar yo al cesto estos papeles o que los tiren mis colegas, no va más diferencia que la de que sea uno u otro el ejecutor de la justicia, prefiero que sean ellos. ¡Son tantos los papeles que diariamente van al cesto, que el enviar uno más no es empresa extraordinaria!

Madrid 3-VI 1930.





I. ASPIRACIONES ULTRAMARINAS DE UN INGENIERO ASPIRANTE

In illo tempore, el porvenir del Ingeniero de Caminos recién salido de la Escuela no era el de hoy; el Ingeniero novel, antes de ponerse en directa relación con el presupuesto de Fomento, había de marcar el paso su media docenita de años, bien cumplida, y al término de su larga espera, ingresaba en el servicio activo, con sus dos mil pesetazas anuales, que por dozavas partes y mensualidades vencidas percibía todos los meses, sin faltar uno; su servicio era el de Ayudante de Obras Públicas, eufónicamente disimulado con el nombre alto, sonoro y significativo de Ingeniero Aspirante, nombre al que algún descontentadizo tal vez le niegue las cualidades de alto y sonoro, pero, ¡vive Dios!, que no podrá negarle la de significativo, porque significaba que el que llegaba a tan codiciado puesto, aspiraba a comer algo menos de lo que se usa.

No me sedujeron desde luego tan menguadas aspiraciones y desde el primer momento aspiré a ser aspirante ultramarino, y como mis aspiraciones se limitaban a comer, sin la limitada parsimonia que me brindaba el sueldo peninsular y las colonias por sí mismas, no despertaban en mi determinadas preferencias, me dediqué a pedir sistemáticamente cuantas plazas



anunciaba como vacantes el Ministerio de Ultramar, ya fueran de Cuba o Puerto Rico, como de Filipinas; no logré desde luego mi intento, porque mis sistemáticos ejercicios caligráficos en papel sellado duraron cerca de dos años, desde el 1893 al 1895, pero al fin, al comenzar el otoño de este último, ví colmados mis afanes con una credencial en la que el Gobierno de S. M. disponía que comenzara oficialmente mi vida profesional en Filipinas, como Ingeniero Aspirante y con el sueldo anual de dos mil pesos.



II. CON RUMBO HACIA ALLA

En mi cartera la codiciada credencial, dispuse mi viaje con la colaboración amable del compañero Rojo y Sojo, cuya reciente pérdida lloramos sus amigos y deplora la Ingeniería, de la que era uno de sus más competentes adalides.

Yo, que de las cosas de la mar poseía el mínimum de conocimientos precisos para aprobar *Puertos y señales marítimas*, con uno o dos puntos, más bien uno que dos, cuando entré en directas relaciones con la mar salada quedé mucho peor que con López Bayo, y ¡cuidado que con aquel maestro quedé mal!; pues bien, quedé mucho peor, porque a la vista del puerto de Barcelona no tenía ya plata menuda que cambiar, y lo peor fué que, ya sin existencias, no desaparecieron las exigencias del cambio, hasta dar vista a Port Said; la contemplación de la imponente figura del gran Lesseps, cuya estatua preside la entrada de ese puerto, calmó mis afanosos impulsos de cambio, y después del Canal, en el paso del mar Rojo, compitió mi tranquilidad con la de las huestes israelitas al cruzarlo, bajo la vigilante mirada de Moisés.

Y a propósito del gran legislador hebreo, algunos compañeros de viaje, que por anteriores travesías conocían aquellos parajes, intentaron inútilmente señalarme el *Sinai*, de bíblica celebridad, porque yo jamás llegué a distinguir con



precisión el lugar del famoso monte, oscuramente confundido entre la masa uniforme de montañas grises, que en serie interminable, flanquean las costas de la Arabia pétrea; en cambio me di perfecta cuenta de la necesidad del *maná*, porque sin él, difícil les hubiera sido la subsistencia en tan desolados parajes a los hebreos, aunque hubieran limitado sus exigencias alimenticias a las de un Ingeniero Aspirante español de los últimos años del pasado siglo.

El infantil entretenimiento de ver cómo los negritos del puerto de *Aden* recogían con su boca las monedas de plata arrojadas al agua por los pasajeros del transatlántico y solicitados por aquéllos, a los gritos de *¡a la mer!*; el obligado paseo en Colombo, al bosque de la canela, la visita a las pagodas, que me parecieron obscuras tiendas de *antiquités*, y los sudores con que fué acompañada nuestra visita al hermoso puerto de *Singapoore*, tan vecino a la línea ecuatorial, sirvieron para amenizar la monotonía de nuestra vida a bordo, que entre dos escalas, era inextirpable; sólo podía atenuarse con el estudio de algún que otro tipo singular de pasajero, que nunca falta en esas travesías; en la mía de España a Filipinas, nunca olvidaré la melancólica fisonomía de un anciano magistrado, trasladado por cuestiones políticas, de la Audiencia de La Habana a la de Manila; gustaba de la soledad, para rumiar sus amarguras, y no siempre lograba sus deseos, porque entre aquel pasaje abundaba inmoderadamente la población infantil, que, con sus naturales expansiones, traía de cabeza a toda la gente seria, y como de ésta no había nada más serio que la seria faz del magistrado, ésta se ensombrecía más a la vista de las diabluras de los párvulos, que cuando llegaban a un límite intolerable, no lograban del serio magistrado otra señal de protesta que la de elevar la vista al cielo y exclamar en tono de triste resignación: ¡Comprendo a Herodes!

De Singapoore a Manila, las turbulencias del inquieto mar de China volvieron a reflejarse en mi diafragma, y el resultado fué que mi última semana de navegación la pasé por lo



menos tan molesta como la primera y que las molestias del mareo no me permitieron admirar la perspectiva espléndida que, traspuesta la *Boca Chica*, se divisa, una vez dentro de la extensa bahía manileña; mi preocupación única era pensar en el momento anhelado, en el que la toma de tierra pusiera fin a mis fatigas; ¡decididamente, mis disposiciones para la vida del mar debían ser deficientísimas, cuando después de veintiocho días de navegación estaba tan poco entrenado como cuando embarqué!



III. MI LLEGADA

Llegó por fin el ansiado término de mis fatigas; tomé tierra, y al pisar el muelle de Manila mi primer encuentro fué con un curial zaragozano, que pocos años antes había intervenido en un desagradable pleito familiar; si hubiera sido supersticioso, desde luego que diputo por de mal agüero tan inesperado encuentro y adivino de golpe toda la complicada cadena de peripecias de mi vida filipina, que en aquel momento comenzaba.

Descargamos nuestros molidos huesos en un *quilez* (el coche de punto... filipino) y nos lanzamos por las desconocidas vías manileñas a la conquista del hospedaje; difícil conquista, porque en aquella época, los poco numerosos hoteles de Manila se colmaban súbitamente a la media hora de llegar un transatlántico; ya muy avanzada la tarde, conseguimos razonable acomodo en el hotel *Palma de Mallorca*, instalado en *Intramuros*, esquina de las calles Real y Solana.

El complaciente fondista puso a nuestra disposición una sala de amplias dimensiones, tan amplias, que pudimos instalarnos en ella todas las personas de mi familia, que conmigo venian; nos mostró en ella el amable hotelero unos extraños muebles, que él llamaba pomposamente camas, sin que de momento llegara yo a alcanzar el motivo de tal denominación,



porque yo, occidental incauto, recién desembarcado en la *Perla de Oriente*, creía poseer ideas claras y concretas sobre el concepto que simboliza la palabra cama, que no concordaban en nada con las que se adquirían al contemplar el original mueble, que como cama mostraba el hotelero; imaginaos un bastidor de madera de 3 por 1,50 metros que servía de marco a una tensa tela de rejilla, todo sostenido por cuatro pies que después de dejar el bastidor, como a medio metro sobre el suelo, se prolongaban a modo de pies derechos para sostener, a metro y medio sobre el bastidor, una especie de palio cuadrangular, de cuyos cuatro lados colgaban amplias telas de tul, hasta poco más abajo del bastidor, y ¡nada más!; aquello era la cama; ¡ah!, se me olvidaba; sobre la rejilla había una esterilla, una sábana y dos almohadas, una de forma usual y otra cilíndrica; a la esterilla la llamaban *petate* y al cilindro *abrazador*.

Inútiles fueron los esfuerzos de mi familia para convenirme que debía aceptar ese mueble exótico para el uso consiguiente a la denominación, que el hotelero le daba; consecuente con mis convicciones, adopté una actitud digna, y mientras los de mi familia utilizaban, cada cual, el mueble que como cama el fondista les designó, yo desprecié la mía olímpicamente y me decidí a pasar la noche muellemente arrellenado en un butacón, que con sus blanduras recordaba, aunque remotamente, algo mejor que aquel extraño mueble, lo que yo creía que debiera ser una cama, que mereciera el nombre de tal.

¡Oh, y con qué sincera conmiseración contemplé a mi familia cuando se dispuso a ocupar aquellos, que yo consideraba como incómodos muebles, ideales para ahuyentar el sueño! No tardé, sin embargo, en sentir socavadas mis firmes convicciones; a la media hora escasa de acomodarme en la butaca, comencé a notar una extraña picazón, cuyo origen no me fué difícil adivinar, al oír sutiles sonidos, como de trompetillas circundantes; encendí la luz y advertí en mi piel rojizas manchas circulares, como de un centímetro de diáme-



tro, y muchedumbre de voraces mosquitos que las originaban; requerí la sábana, me envolví en ella y volví a mi butaca; ¡precaución inútil! Las afiladas trompas de los cínifes atravesaban el lienzo, que resultó defensa ineficaz; aquella noche la pasé de claro en claro, y cuando el primer resplandor de la rosada aurora permitió zambullirme en el agua del baño, lo hice con deleite, para lograr alivio a las torturas producidas por la nube de insectos alados, que tan cruelmente me mostraron la utilidad de aquellos muebles, que yo creía molestos e inadecuados para el destino que se les daba.

Casi es inútil añadir que a la noche siguiente el nuevo tipo de cama, que había llegado a mi conocimiento, lo acepté sin vacilar y desde luego lo declararé como uno de los más geniales inventos que para el reposo nocturno había ideado la mente del hombre en aquellas latitudes.



IV. MI POSESION

Amaneció el día espléndido, después de aquella para mi inolvidable noche primera, y debidamente enterado por el fondista de que la Inspección General de Obras Públicas tenía instaladas sus oficinas no muy lejos de la fonda, en la calle Real, cerca ya de la puerta de *Parian*, allá dirigí mis pasos, siendo desde luego recibido por el que después del Gobernador General era el Jefe principal de las Obras Públicas del Archipiélago, el Inspector General don Casto Olano, hombre ya entrado en años, que llevaba muchos de país, en el que su vida ingenieril había sido muy activa; obra suya era el *Puente de España*, sobre el río Pasig, obligado paso de toda la población para comunicar *Intramuros* con los demás barrios de Manila; por cierto que ese casi histórico puente ha sido recientemente demolido por los yanquis y substituído por el puente *Jones*, de amplitud adecuada al extraordinario aumento de tráfico advertido pocos años después de comenzar la dominación americana.

Recibíome aquel anciano venerable, más que como jefe, como un padre cariñoso, y me puso desde luego en comunicación con un señor Romero, funcionario simpático y servicial, que me dió toda suerte de facilidades, de modo que aquella misma mañana no solo quedaban ultimados todos los



trámites oficiales de mi posesión, sino que me liquidaron y pagaron los haberes de navegación.

Con la primera paga de mi destino ultramarino recibí varias enseñanzas; desde luego la de que el sueldo se percibía allí en metálico; después, que ese metálico no era en moneda de cuño nacional, sino del de la lejana República mejicana, y finalmente, que como consecuencia de cuanto antecede, era preciso resolver todos los meses el problema del transporte de la paga a domicilio, a causa de que el peso de la misma venía a ser como de media arroba, kilo más, kilo menos.

En lo sucesivo, el problema del transporte de la paga mensual a domicilio lo resolví haciéndome acompañar a la oficina, el día primero de cada mes, de un *bata*, nombre con el que se designa a los muchachos dedicados al servicio doméstico.



V. EN EL SERVICIO DE FAROS.— UN CONTRATISTA

Fuí destinado al Servicio de faros; éste en nuestra colonia se hallaba centralizado en Manila, a cargo de una "Comisión de faros", formada por el Jefe de la misma y cinco ingenieros subalternos, además del correspondiente personal auxiliar facultativo y administrativo; a cargo de dicha Comisión corría todo cuanto al alumbrado marítimo del Archipiélago se refería, construcción de edificios, torres, caminos de servicio, etc., adquisición de aparatos y lentes, su montaje y conservación y reparación de los faros, una vez en servicio.

Las obras se ejecutaban ordinariamente por Administración; sin embargo, por la época de mi destino a dicho servicio, se subastó la obra del camino de servicio al faro de Corregidor y fui encargado de dicha obra por contrata, como Ingeniero Aspirante. Era el contratista un don Manuel Martínez, gallego a medio pulir, que en clase de contratistas no era de los peores; si lo hubiera conocido un antiguo Ayudante, que años después tuve en la Península, el cual clasificaba a los contratistas en malos y peores, de seguro incluye al bueno de Martínez en la primera categoría.

Era ese contratista de limitadas pero firmes convicciones, en su profesión; respecto a movimiento de tierras, decía que



había recibido de unos compañeros vascos una receta infalible, compendiada en el distico siguiente:

Quitar de los altos y echar en los bajos.

Hacer carretera, no es trabajo.

Me esforcé en hacerle ver que tal vez no le fuera posible aplicar su receta simplista con un criterio generalizador, y que era fácil que mirando algo por sus intereses le fuera conveniente condicionar su fórmula práctica a la vista de ciertos documentos de contrata, que se llamaban plano, longitudinal, etcétera; no era torpe el gran Martínez y tomando a buen partido mis indicaciones, comenzó a trabajar, y al menos, en cuanto hizo mientras estuve encargado de aquella obra, no fueron de lamentar los tropiezos, que presumí, cuando me expuso su fórmula poética y concisa, para construir las obras de tierra.

Dejé el servicio de esa obra antes de que Martínez terminara los de su contrata, y no sé cómo acabó aquello, lo que sí supe más tarde fué que aquel pobre hombre rescindió pronto la contrata de su vida, en aquellas lejanas tierras, y que a los herederos nos les quedó un gran saldo de liquidación; ¡séale la tierra level!



VI. EL PADRE GALÁN

No fué el contratista Martínez el tipo más pintoresco de los que conocí en la isla de Corregidor; lo era, sin duda alguna, mucho más, el padre Galán, agustino recoleto a cuyo cargo corría el servicio parroquial en aquella isla.

Entre los contados españoles que vivían en Corregidor, era el padre Galán uno de los de más destacada significación, y no tardé en trabar amistad con él. Era el padre Galán uno de los frailes más campechanos y simpáticos que he conocido y de una efusividad casi explosiva en sus relaciones de amistad; llevaba más de treinta años de país; frisaba en los sesenta de edad, y, sin embargo, se conservaba con el vigor de un joven, y su tipo rubio mantenía la misma frescura de color que si acabara de arribar al Archipiélago.

Al día siguiente de conocerlo me había puesto ya en antecedentes de lo más saliente de sus andanzas ultramarinas; supe, desde luego, que en sus relaciones con los superiores jerárquicos no siempre existía una total compenetración, tal vez porque de los sabios preceptos con que el Concilio tridentino reguló la vida monástica, no habían llegado los definidores de su orden y el referido padre a una interpretación armónica; por lo pronto, en cuanto concernía a la vida económica de la parroquia, el disentimiento era total: enten-



día aquel bendito padre que una gran parte de sus gastos debían cargar sobre la procuraduría de la Orden, pero que ésta no debía percibir de los ingresos ni un solo peso; por mucho que esforzó su dialéctica el padre Galán, no logró nunca convencer al procurador de la Orden de que el criterio económico de aquél fuera el más conveniente a los intereses de la Comunidad, y el resultado eran frecuentes, y no totalmente espontáneos, viajes del párroco de Corregidor al convento de Manila.

No eran estos los únicos motivos de divergencia entre aquel religioso y los padres graves de la Orden, y aunque con su carácter comunicativo, ninguno me ocultaba el padre Galán, en estas "crónicas filipinas" no puedo yo imitarle.

Al regreso de cada uno de su obligados viajes a Manila, eran horas encantadoras las que dedicaba a relatarme sus peripecias y disensiones con la superioridad, y había que ver su indignación ante las exigencias del Padre procurador, cuando pretendía que antes de remitir fondos a España para el progenitor del padre Galán, debía cancelar este celoso hijo las deudas contraídas con sus padres espirituales de Manila. "¡Si creerán esos Reverendos, me decía iracundo el recoleto, que por hacerles caso a ellos voy a dejar morir de hambre a aquel ancianico de la Rioja, que me dió el ser! ¡No, y cien veces no; y si no les agrada, que se chinchén sus Paternidades!"

Era un hombre culto aquel ingenuo fraile, y como las atenciones de su parroquia no le abrumaban, dedicó sus ocios a escribir un libro en el que describía la isla de Corregidor prolijamente, desde los más múltiples puntos de vista, geográfico, mineralógico, político, religioso, etnográfico, *et sic de coeteris*; llegó en su monografía, al millar de páginas de letra bien nutrida, y cuando terminó su voluminoso trabajo, no encontró nada más indicado que dedicárselo a un famoso general, que antaño fué suprema autoridad del Archipiélago, y desde aquellos tiempos mantenía con el cura de Corregidor, según éste, amistad casi fraternal.



Me explanó su idea genial y yo, incauto de mi, le mostré mi más completa conformidad; obtenida ésta, me expuso lo que había pensado para llevarla a su más segura y eficaz realización, y su pensamiento no era otro que entregarme su voluminosa obra para que la llevara a Manila, y desde allí, la mandara yo a la Península, dirigida al Ex-Gobernador General famoso, al que la dedicó.

El encarguito no me entusiasmó, pero eran tales y tantas las atenciones con que me abrumaba aquel recoleto simpático y campechano, que no había medio hábil de eludir la comisión, y ésta no era sencilla, porque escrita la obra de puño y letra del padre Galán, aquello no podía mandarse más que como carta, y el franqueo y certificado para la Península suponían un dineral; no fui diligente en el cumplimiento del encargo, en espera de endosárselo a alguna persona de mi cofianza que hiciera su viaje de retorno a la Metrópoli, y antes de lograr mi propósito, el cable me sorprende con la fulminante noticia de que aquel célebre militar había sido nombrado Gobernador General de Filipinas y estaba ya embarcado, camino de su destino. Cayó sobre mí la noticia como una bomba, y desde aquel momento fragüé mil planes para salir airoso del compromiso con el autor de la voluminosa monografía sobre Corregidor, que cuidadosamente *ubicada* entre los "Materiales", de Pardo, y la "Mecánica", de Colignon, yacía en mi estante de libros, en espera de un viaje a la Madre Patria, que ya no iba a poder realizar, después de conocido el inoportuno cablegrama.

Llegó el flamante Gobernador General a Manila y más tardó en pisar tierra la primera autoridad del Archipiélago que en presentarse a ella el padre Galán, según me informaron poco después; mi reglamentario viaje a las obras de Corregidor se aproximaba, y el momento de resolver mi apurada situación con el fraile, también; llegó el momento, y contra cuanto yo presumía, verme el padre Galán y echarse en mis brazos fué un mismo acto; me colmó de elogios y de expresiones de gratitud y me dijo que el éxito de su obra,



muy encomiada por su ilustre amigo, había sido rotundo, y que de aquella fecha tenía la mitra más segura que el hábito que lo cubría; disimulé mi asombro como pude y lo felicité, y en cuanto regresé a mi casa de Manila fué mi primer acto visitar mi librería, y allí, en amable compañía de Pardo y Colignon, continuaba la obra monumental del afortunado padre; de la sinceridad de éste, no podía dudarse, de la del General, su entusiasta admirador, tampoco, y, sin embargo, allí continuaba en mi casa el libro que obtuvo tan clamoroso éxito; desde entonces creo que eso de la telepatía es una cosa seria.



VII. EN LUCHA CON LOS ELEMENTOS

Ascendí a ingeniero segundo, a los ocho meses de servicios ultramarinos, y poco después de posesionado de mi nuevo cargo, realicé con el Jefe y otros compañeros uno de los viajes que frecuentemente organizaba la "Comisión de faros" para la visita a los que la requerían, ya por estar en construcción, o por necesidades de la conservación; era el Jefe un ingeniero inteligente y celoso, que en el cumplimiento de sus deberes no se detenía ni aun ante el riesgo personal, y en aquella ocasión lo demostró, porque terminados los preparativos y señalada ya la fecha de embarque del personal en *El Bolinao*, vapor contratado con la *Compañía Marítima* para la realización del precitado viaje, salió el barco en la fecha prefijada a pesar de que, por algunos indicios, había quien nos auguraba una difícil navegación. No tardó el tiempo en dar la razón a los pesimistas, porque antes de las veinticuatro horas de nuestra salida de Manila, después de pasar la bahía, y cuando alcanzábamos la altura de *Punta Capones*, los síntomas del mal tiempo eran tan inequívocos, que el mismo capitán del *Bolinao* hubo de insinuar al Ingeniero jefe, de la manera más discreta que supo, la conveniencia de virar en redondo y poner proa con rumbo al refugio de



Mariveles, que era el más próximo que podíamos utilizar; los síntomas y la actitud del capitán debieron hacer mella en el ánimo del Jefe intrépido, porque éste ordenó, de conformidad con lo que se le proponía; pero esta prudente resolución no fué parte a impedir el que al llegar a la entrada de la bahía por *Boca Chica* alcanzara a nuestra modesta embarcación el temporal ciclónico, que en aquel país llaman *Baguio*, y antes de darnos cuenta nos encontramos en plena borrasca, con todo el aparato que el argumento requiere; fueron unas horas de cruel incertidumbre aquellas en que el barco, juguete de las olas embravecidas, parecía que en cualquier momento iba a ser devorado por una de aquellas montañas de agua que se dirigían contra el vapor con aterradora furia; en uno de los momentos más angustiosos un *matandá* (español viejo en el país), que con el carácter de periodista se había incorporado a la expedición, se acercó a nosotros, contrastando nuestros descompuestos semblantes con el suyo, plácido y casi beatífico, y mostrándonos su barómetro aneroide nos dice: "ya ha subido el barómetro"; regocijo general, nos abalanzamos al instrumento para comprobar personalmente tan feliz síntoma y ante nuestras dudosas miradas contesta tranquilamente el periodista que era indudable su afirmación, puesto que lo había subido del camarote; cuando en aquel momento no desapareció por la borda nuestro aplanado huésped, puede asegurarse que el dominio de nuestros nervios era total, porque hacer un chiste malo en aquellas trágicas circunstancias era poner a prueba nuestra paciencia de un modo temerario.

La casualidad hizo que en una clara fugaz advirtiera el capitán que el barco estaba próximo a la entrada del refugio de *Mariveles*; aprovechó aquel momento de respiro, y poniendo la proa hacia dicha ensenada, con la marcha a todo vapor, ganamos la boca de aquel refugio, y una vez dentro de él, pareció como si de un modo súbito volviéramos a la vida.

Fondeamos en dicho abrigo esperando a que el temporal pasara, y al poco tiempo de estar allí advertimos la presencia



del *Nuestra Señora del Carmen*, otro vapor de la misma Compañía, con cuyo capitán se puso desde luego el nuestro al habla; aquel vapor había venido a Manila precipitadamente por un aviso semafórico, que daba cuenta del naufragio del vapor *Taal*, que, por los datos suministrados, debió zozobrar a media milla del nuestro, en aquellas horas en que nosotros temíamos dicho trágico final a nuestras ansias; entonces llegamos a medir con plena exactitud toda la gravedad del riesgo corrido durante aquellas horas de suprema angustia.

Permanecimos fondeados en *Mariveles* hasta que el tiempo se normalizó, y con más tranquilidad ya, reanudamos nuestro viaje, en el que no hubo más riesgo que el natural que se corría en algún faro, como el de San Bernardino, centinela del Pacífico, donde para desembarcar era preciso poseer dotes de acróbata, porque había que utilizar un columpio montado en un hueco de las rocas, adonde una lancha del vapor nos conducía, y era preciso atrapar el columpio antes de que la ola iniciara su retroceso.

Todavía nos esperaba un pasajero susto antes de regresar a Manila, porque el barómetro, con su rápido descenso, indicaba la proximidad de un nuevo *baguio*, al que, ya escamados, le tomamos la delantera, refugiándonos en un pequeño puerto de *Mindoro*, de donde, pasado el peligro, salimos para Manila, a donde llegamos unas horas después, sin nuevos tropiezos.

Caía la tarde cuando entraba en casa, con vehementes deseos de que llegara el momento de coger aquella cama filipina, tan estimada por mí después de la cruenta experiencia de mi primer día de vida filipina, y nunca estimé tanto la utilidad de aquel notabilísimo artefacto como al utilizarlo al regreso del mentado viaje al servicio de faros.

No duró, sin embargo, muchas horas mi satisfacción; promediaba la noche aquella, cuando me sentí violentamente sacudido, y al despertar oí que me decían: ¡Levántate, que se quema la casa!; salté del lecho precipitadamente y al asomarme al patio pude confirmar personalmente el fundamento de



la voz de alarma, porque vi el cielo surcado por una cortina de fuego; me vestí en dos minutos y colaboré con todos los de la casa en la faena de arrojar nuestros trebejos a la calle y transportarlos desde allí a las próximas oficinas de la Inspección General de Obras Públicas. Regresamos ya de madrugada, cuando nos convencimos de que nuestra casa, por raro privilegio, se había salvado; debió su fortuna a ser la más baja de toda la manzana y quedar resguardada por los altos muros medianeros, que le sirvieron de corta-fuegos; el resto de las casas de aquella manzana había desaparecido casi totalmente.

Cuando al siguiente día vinieron mis cariñosos compañeros a visitarme en la casa, convertida en campamento, me decían festivamente, después de felicitarme, que si, como era frecuente, se notaba aquel día algún temblor de tierra, podía decir que me habían declarado la guerra los cuatro elementos: el agua, la tierra, el fuego y el aire.



VIII. LA REVOLUCION FILIPINA

Al llegar a nuestra colonia del Extremo Oriente, la impresión recibida no permitía en modo alguno adivinar que allí se vivía sobre un volcán. Al español *vago* (apelativo del recién llegado a las islas), aquel arcáico y tranquilo ambiente social le daba la impresión de que al motor de la vida le habían dado marcha atrás, retrocediendo aquélla súbitamente medio siglo: la respetuosa sumisión del indígena al *Castila*; aquel acentuado fervor religioso, constantemente subrayado por la presencia del fraile en todas partes y por todos los motivos; costumbres como la de suspender momentáneamente la vida cotidiana, al ponerse el sol, para rezar al toque de oración, el *Angelus*, lo mismo en la calle que en la casa, donde acto continuo se encendían las luces y se oían monótonas voces de ¡buenas noches, señor!, ¡buenas noches, ama!, a la cual, respetuosamente, besaba la mano la servidumbre; hasta la misma moneda divisionaria, en la que la efigie de Isabel II en las viejas *cuadernas* nos evocaba pretéritas edades, todo nos hablaba de aquel ayer peninsular, tan donosamente descrito por Mesonero Romanos, Flores y Galdós. Sin embargo, perdonadme la pedantesca cita de la égloga virgiliana, muy adecuada al caso, *latet anguis in herba*; bajo la yerba se ocultaba, pérfida, la sierpe revolucionaria, y cuando la gente



peninsular rumiaba más tranquilamente su monótona vida colonial, una mañana de agosto del 96 el pacífico lector del vetusto *Diario de Manila* se sintió súbitamente consternado con la noticia de que, el día anterior, un reverendo agustino había descubierto en los mismos talleres donde se tiraba *El Diario* una imprenta clandestina, de la que salían los recibos de una sociedad secreta de nombre extraño entonces, y luego popular el *Katipunan*, título abreviado de la Sociedad, cuya denominación exacta era en idioma tagalo la siguiente: *Ka-taas-taasam Kagálang-gálang Katipunan nang manga Anak Bagan*, que en romance venía a ser *La Soberana y venerable asociación de los hijos del Pueblo*.

El hallazgo del padre Mariano Gil, que tal era el nombre del fraile descubridor, hizo entre la pacífica población peninsular el efecto de la mecha que prendiera fuego a la *Santa Bárbara*; la explosión del encono, de pasiones y de ira contra el indígena fué inenarrable; por si el notición no era suficiente le siguió pocos días después el de que en el campo de Cavite, lugar próximo a la capital, se habían presentado partidas revolucionarias; aquello fué el delirio de la efervescencia y exaltación patrióticas; no tardaron en correr las más espeluznantes noticias; la más extendida era que la flamante conspiración tenía como predominante finalidad realizar en un día y una hora convenidas un degüello en masa de los peninsulares, algo así como una noche de *San Bartolomé* tagala.

Precipitadamente se movilizaron tropas, se organizó entre los peninsulares la recluta para formar el *Batallón de leales voluntarios de Manila*, que tan activa parte tomó en sucesos posteriores y se abrió un proceso, del que no tardaron en sentirse las consecuencias, porque no había terminado septiembre cuando eran pasados por las armas una docena de indígenas, entre los que figuraban sentenciados de la más varia condición, desde el humilde *zacatero* hasta el encopetado millonario.

El germen ideológico de la revuelta arrancaba de lejos; ya en 1886 las Prensas berlinesas sorprendieron al mundo



con la publicación de una novela en la que se describía, con singular relieve y crudeza, la vida del pueblo filipino, bajo la dominación teocrática del fraile, y aunque no se consintió la divulgación del libro por el Archipiélago, todos los intelectuales filipinos lo conocieron y lo aplaudieron; el libro se titulaba *Noli me tângere*, su autor era José Rizal, doctor en Medicina por la Universidad de Madrid y tagalo de nacimiento.

La publicación del famoso libro entonces, y años después la organización de la *Liga Filipina*, sociedad legal ideada por Rizal para la unión y progreso del pueblo filipino, determinaron sucesos políticos, que motivaron un expediente gubernativo, que el Gobernador General, señor Despujols, resolvió deportando a Rizal a *Dapitan*, en la isla de *Mindanao*, donde, bajo la vigilancia de la autoridad, vivió los cuatro años anteriores al del estallido revolucionario.

No es fácil, por lo dicho, que en su preparación pudiera intervenir; pero como llegaron a su noticia rumores de lo que se fraguaba, desaprobó resueltamente el complot, y para que nadie pudiera abrigar la menor sospecha respecto a su actitud, pidió al Gobierno una plaza de médico en el ejército de operaciones de Cuba; aceptado su ofrecimiento, salió para su destino con cartas del Gobernador General, recomendándole a los ministros de la Guerra y de Ultramar.

Surgieron los relatados sucesos antes de que el barco que le conducía zarpara de Manila, de donde salió para España a los pocos días, dejando el Archipiélago en plena insurrección. Incoado el proceso de ésta, y como en él resultó complicado Rizal, se dictaron órdenes para su detención e incomunicación, que se cumplimentaron ya a bordo, antes de llegar a Barcelona, en cuyo castillo de Montjuich fué incomunicado al desembarcar, hasta que en el primer barco que salió para Manila retornó a ésta, donde ingresó en prisiones.

Desglosada su causa de la principal, su instrucción fué singularmente activada al llegar el nuevo Gobernador, general Polavieja, que en la segunda quincena de diciembre ordenó la



formación del Consejo de Guerra, ante el cual compareció Rizal, que fué condenado a muerte el 26 de aquel mes; pasada la causa al Auditor general, don Nicolás de la Peña, emitió éste un dictamen implacable y de tan rotunda conformidad con el Consejo, que el Capitán general aprobó desde luego la sentencia y Rizal fué pasado por las armas en 30 del referido diciembre.

¿Mereció Rizal tan terrible fallo?: La España de entonces contestó que sí; el resto del mundo culto dijo que no. Han pasado más de treinta años, y en la actualidad, sobre un aspecto de dicho asunto, no hay ya discrepancia, y es al estimar que en aquel trágico día del fusilamiento, a la orden de ¡fuego!, no sólo cayó exámine el cuerpo de Rizal, cayó, para no levantarse más, la soberanía española en el Archipiélago magallánico.

Inútilmente continuó allí el esfuerzo de nuestras armas; inútilmente se sustituyó al rígido Capitán general, que fusiló a Rizal, por otro más contemporizador, que llegó hasta conseguir una tregua, con el efímero pacto de *Biac-na-bató*; antes que los peninsulares de Manila acabaran de tejer los laureles que habían de orlar la frente del pacificador, fulminó como un rayo la desconcertadora nueva de la ruptura con la gran República norteamericana, y no pasaron dos semanas sin que a la potente voz de los cañones yanquis respondiera como un eco el levantamiento en masa del pueblo filipino contra España.

No habían transcurrido cuatro meses desde la fecha de la ruptura, cuando ya la soberanía española en Filipinas había dejado de existir; se dijo en aquellos días infaustos que nuestros desalumbrados gobernantes excitaron el ardor patriótico del Gobernador General recordándole la ejemplar conducta de su antiguo antecesor, *don Simón de Anda*, y nuestros compatriotas, que no perdonan la ocasión de un chiste, aún en los momentos más tristes, comentaban la arenga diciendo que no eran aquellos tiempos los de *Simón de Anda*, sino los de *Janda, Simón!*; aparte la chuscada, impropia del



caso, no puede desconocerse que en ella había un fondo de verdad; cuando en el siglo XVIII el celoso e intrépido *Anda* rechazó el ataque inglés, pudo hacerlo porque a su lado estaba el pueblo filipino; en el siglo XIX no pudo resistir el general Agustín el ímpetu de los yanquis porque el pueblo filipino estaba con éstos; ¿qué había ocurrido en el pueblo filipino para su radical cambio de actitud del siglo XVIII al XIX?; algo que lo sintetiza todo: ¡El fusilamiento de Rizal!

El 14 de agosto de 1898 se firmaba el acta de capitulación de Manila, y entre las de los españoles firmantes del histórico documento, ¿sabéis qué firma se leía? La de don Nicolás de la Peña, aquel Auditor General que con su rotundo e implacable dictamen dijo la última palabra en el proceso de Rizal. ¿Perturbaría el sueño del implacable Auditor la pálida y vengadora sombra del doctor tagalo, en la noche del día triste de la capitulación, a la manera como perturbaba el de los cortesanos la vengadora sombra del rey de Dinamarca en la tragedia sieskpiriana? Motivos no faltaban.



IX. SIC FATA VOLUERE

Decididamente, los hados no me eran propicios en la colonia filipina, porque a las contrariedades consiguientes a la situación de la *ræs pública*, indicada en los párrafos precedentes, se unieron las de índole personal.

Mi salud, boyante en los primeros meses, sufrió un serio encontronazo producido por las fiebres, allí frecuentes entre los peninsulares, y aunque del mal salí sin serios quebrantos, gracias a la pericia del doctor Saura, médico español de renombre en el Archipiélago, no fué sin que el tropiezo dejara huellas en mi organismo.

Menos afortunado que yo, un joven colega y excelente amigo, tras breve lucha con la fiebre, rindió a este azote tropical el tributo de su vida; nunca olvidaré la brusca sacudida que recibí cuando, al entrar en el portal de su casa a mi diaria visita, en el octavo o noveno día de su enfermedad, y preguntar por su señor a uno de los *batas*, me dijo éste, con la impasibilidad propia de los de su raza, que su señor estaba *un poco muerto*; ¡pobre amigo Luelmol!; tu sentidísima y prematura muerte fué el triste motivo para que en aquel 1897 me estrenara como colaborador anónimo de nuestra *Revista*, dedicando, con lágrimas en los ojos, unos párrafos a la pérdida de aquel ingeniero inteligente y amigo leal; han pasado más



de treinta años, y al rememorar la luctuosa fecha, deposito en su remota tumba la pobre ofrenda de mi renovada pena, en estas deshilvanadas, pero sentidas líneas.

En el terreno oficial tampoco escaseaban los contratiempos; las dificultades políticas ya indicadas tenían su natural reflejo en la vida económica de la administración pública, y como *donde no hay harina, todo es mohina*, también en la "Comisión de faros" nos puso algo mohinos la escasez de fondos. El Ingeniero Jefe, tan celoso por el servicio y austero como siempre, decidió que fuera el personal facultativo el primero que sintiera la escasez de fondos, antes que las obras a su cargo, y como no todos sintieran con igual ardor el fuego de la austeridad, no faltó quien expresara su disconformidad al Jefe en términos de tan singular viveza, que el resultado fué la incoación de un expediente para averiguar si en el movimiento de protesta había resultado o no nuestro reglamento orgánico, con lesiones de monta.

La natural defensa del encartado, por una parte, la no menos natural que le brindamos sus jóvenes colegas, y el que en nuestros jefes nunca faltó deseo de interpretar benévola-mente el reglamento, todo coadyuvó para que el procedimiento terminara sin que hubiera desgracias personales que lamentar.

Por satisfactorio que fuera el resultado, no era fácil evitar el que desde entonces palidiese algo el brillo de la cordialidad de relaciones entre el Ingeniero Jefe y los subalternos, y ausente la interior satisfacción, la máquina burocrática no se movía después del incidente con la soltura y libertad de movimientos que antes mostrara.

Tan variada serie de circunstancias adversas eran sobrados motivos para que la vida manileña me fuera cada vez menos grata y para que llegara el momento de arraigar en mi ánimo la firme decisión de abandonarla en la primera oportunidad.

La oportunidad no tardó en llegar, porque al principio de 1898 supe que la Jefatura del distrito de Obras Públicas



de Ilocos estaba vacante y la pedí. Inútiles fueron cuantos esfuerzos derrochó el Inspector General, aquel bondadosísimo y paternal don Casto Olano, para disuadirme del intento; cuando vió lo irrevocable de mi propósito, me destinó a esa Jefatura, no sin manifestar a mi familia que sólo lo hacía por complacerme.

Los hados quisieron que la serie de complicadas concausas me llevaran a la boca del lobo, y en ella entré.



X. LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA.—¡SALVESE EL QUE PUEDA!

Enfilé, pues, mi rumbo hacia *Vigan*, capital de Ilocos Sur, que era la residencia oficial del jefe del distrito de Obras Públicas. Mis propósitos de abandonar la atmósfera malsana de Manila y su intranquila vida los ví por el momento logrados con creces. Nada más tranquilo y paradisiaco que el vivir de los españoles en aquella apartada capital de provincia; vivían en el mejor de los mundos posibles, sin que a ellos alcanzaran las inquietudes y preocupaciones que con la ola revolucionaria habían llegado a invadir los ánimos de nuestros compatriotas en la capital del Archipiélago.

El ritmo de la vida ilocana era sosegado y alegre; el uso frecuente del ceremonioso visiteo, con la sabrosa chismografía, de una parte, y el abuso de las recepciones y fiestas organizadas por las autoridades gubernativas, por otra, hacían muy llevadera la monotonía de la vida provinciana, y en aquel ambiente, alegre y confiado, no hicieron la menor mella mis pesimismoes sobre la situación de la cosa pública.

No había transcurrido la segunda semana de mi estancia en *Vigan* cuando el Gobernador Civil nos notificó la ruptura de España con los Estados Unidos; todavía me parece que veo la cara estupefacta de mi viejo ayudante, cuando, al reci-



bir la noticia, le dije que, a mi entender, todo aquello era el principio del fin; a través de su mal reprimido asombro creí adivinar que formaba en su interior un triste concepto del estado de mis facultades mentales, y se limitó a replicarme que, respetando mi opinión, era para él evidente que el león español daría rápida cuenta de esos gozquecillos americanos, que osaban turbar su augusto reposo; el parecer de mi aplatanado subalterno era compartido por el resto de nuestra colonia española en la capital ilocana, en la que la conmiseración que despertaba el triste porvenir del atrevido yanki era unánime.

Aquel ambiente optimista y confiado no tardó en turbarse; sin nuevas noticias después de la de la declaración de guerra, en uno de los primeros días de mayo vuelve nuestro ordenanza con la valija vacía, porque en Correos le notificaron que hasta nueva orden quedaban interrumpidas las comunicaciones postales con la capital del Archipiélago; no hubo medio entonces de averiguar el motivo de la interrupción; pero cuando, pocos días después, se advirtió que también estaba interrumpido el servicio comercial, empezaron los ánimos a desasosegarse y la falta de seguras informaciones fué suplida por explicaciones fantásticas, apoyadas en los más inciertos rumores; se decía que allá por los días 1 ó 2 de mayo algunos pescadores de las playas ilocanas habían divisado en las altas horas de la noche el paso a toda máquina de formidables barcos, grandes como catedrales flotantes, en correcta formación, y la gente dió en pensar que nuestra incomunicación pudiera tal vez tener alguna relación con el paso de la misteriosa escuadra a la incierta luz nocturna por las proximidades de la costa ilocana.

Nuestro celoso gobernador desvaneció bien pronto tan absurdos temores, pero no pudo impedir que a los pocos días de incomunicación empezaran a escasear los artículos de comer, beber y arder; la falta de estos últimos impuso la moda de recibir a oscuras las visitas de nuestros compatriotas, y como tampoco contábamos con la seguridad de renovar opor-



tunamente nuestra desgastada indumentaria, no faltó español que propusiera el que, puesto que las circunstancias imponían en las visitas de noche la supresión de la luz, nada impedía hacer lo mismo con los pantalones y recibía a sus relaciones en calzoncillos.

Rápida y progresivamente se agravaban las dificultades de la vida ordinaria, cuando en uno de los primeros días de agosto, corrió por todo Vigan como reguero de pólvora la noticia de que en la divisoria entre las provincias de Vigan y San Fernando se habían presentado nutridos grupos de fuerzas revolucionarias; precipitadamente salió para detenerlas y hacerles frente el comandante militar Herrero, con las escasas fuerzas de que pudo disponer; pero a los dos días se recibía en el Gobierno civil la noticia de que, ante la enorme desproporción de fuerzas, el comandante Herrero organizaba la retirada, y que al abrigo de ella urgía preparar la evacuación de la capital por todo el elemento oficial; cundió la demoralización, y al grito de ¡sálvese el que pueda! quedó en veinticuatro horas *Vigan* sin un *castila*.





FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

XI. EL EXODO

El pánico movilizó instintivamente a toda la población española de *Vigan*, con un atropellado movimiento de fuga, en dirección contraria a aquella de donde procedía la peligrosa invasión de fuerzas revolucionarias.

Embutí como pude en nuestro *quilez* a la familia y el menzudo equipaje que en él podía transportarse, y abandonando nuestra casa, con cuanto en ella había, iniciamos una peregrinación penosísima hacia el norte de la isla de Luzón, utilizando cuando se podía los caminos de la costa y a campo traviesa cuando esto no era posible; las corrientes de agua, muchas y caudalosas, se vadeaban con el peligro consiguiente, y al rendir la diaria jornada pernoctábamos en los pueblos que encontrábamos, donde con frecuencia éramos afectuosamente acogidos en los conventos (casas parroquiales), donde el religioso encargado de la cura de almas casi siempre nos brindaba con cuanto tenía a su disposición.

Como con nuestra fuga cundía la alarma por cuantas comarcas cruzábamos, la caravana emigrante se engrosaba, no por días, sino por horas, y hubiera alcanzado proporciones insospechadas si al tercero o cuarto día no nos hubiéramos visto forzados a detener nuestra carrera, por haber llegado a un punto en que, terminado el camino del litoral, se hacía preciso continuarlo por vericuetos impracticables para la circulación rodada, que no podía sustituirse por la marcha a



pie, imposible para el numeroso contingente de señoras y niños que figuraba en la masa emigrante.

Nos habíamos internado en la provincia de Ilocos Norte y habíamos dejado ya atrás a *Laoag*, que es su capital, cuando surgió el referido serio tropiezo en nuestra marcha, que era preciso salvar sin vacilaciones, que nos hubieran puesto en peligro de vernos alcanzados por las fuerzas revolucionarias, que, mal contenidas por nuestras escasas tropas, nos pisaban la retaguardia. Estábamos próximos a la ensenada de *Dirique*, pequeño refugio de la costa ilocana, donde providencialmente encontramos fondeado un pontín, pequeña embarcación de vela, que su patrón utilizaba para la pesca costera en aguas del mar de China.

Puestos al habla con el patrón del barquichuelo, un tal *Agustín Távora*, simpático ilocano, adicto a nuestra causa, no fué difícil entenderse con él, y sin perder tiempo se organizó el embarque del par de centenares de españoles, entre los cuales figuraban hasta unas dos docenas de frailes.

Surgió al punto otra seria dificultad: el barco de vela que providencialmente nos recogió no podía salir del fondeadero sino con viento favorable, y éste no saltaba; al día siguiente al del embarque brilló un rayo de esperanza al advertir que cesaba la calma chicha y se iniciaba una corriente de aire que, aunque por el momento no era propicia, podía virar.

Nuestras esperanzas trocáronse pronto en serias inquietudes al advertir que el movimiento del aire arreciaba por momentos; no tardó la tripulación en aventurar la desconsoladora hipótesis de que los síntomas todos eran de que se acercaba una *baguio*, temporal ciclónico muy frecuente en esas latitudes y en el mes en que estábamos.

Los pesimistas augurios de la tripulación del pontín se vieron pronto confirmados, y al comenzar la noche del segundo día estuvo a punto de terminar trágicamente nuestro éxodo; arrebatada la débil embarcación por una racha, iba rauda a estrellarse contra el acantilado de la costa cuando una vigorosa y rápida maniobra de la tripulación evitó la catástrofe,



logrando reforzar las amarras y fondear nuevamente el barquichuelo en condiciones de aguantar con más seguridad las iras del temporal.

Como hubo que amarrar donde se pudo, pronto se advirtió lo peligroso del punto a donde nuestra desventurada suerte nos había llevado, porque al poco tiempo de fondear advertimos que al sacudir el oleaje al barco éste daba tan violentos golpes contra la roca del fondo, que a cada momento creíamos llegado el de nuestro fin, al abrirse el casco; el angustioso martilleo del barco contra el fondo rocoso era coreado por la furia desencadenada de los elementos; el agua caía sobre nosotros a chorro continuo; el barco comenzó a hacer agua y fué preciso que la tripulación abriera las escotillas de la cubierta para achicar y contener las filtraciones; como ese barco pesquero llevaba en sus bodegas carga de *vagon*, especie de pescado podrido, muy del gusto de los indios, a todas las torturas del trance porque pasábamos se añadió la del hedor asfixiante, que al salir de las escotillas infestaba el ambiente; constituía todo un cuadro dantesco: los siniestros golpes del frágil casco sobre la roca, el furor del vendaval, las cataratas precipitadas desde el cielo sobre la cubierta, el olor nauseabundo, los clamores del amedrentado pasaje en medio de una densa oscuridad, sólo rota por los resplandores del relámpago, y para recargar más las tintas del cuadro, un pobre pasajero atacado de vesania salmodiaba con metódica estridencia y con repetición desesperante las frases de ¡que nos vamos a pique!, ¡que perecemos!, ¡que nos vamos a ahogar!

No he conocido noche más interminable que aquella noche terrorífica; con los primeros destellos del alba parece que comenzaba a ceder el furor del temporal, y como las filtraciones del barco eran dominadas por el trabajo de la tripulación y pasaje, comenzamos a volver a la vida, que todos la dábamos por perdida horas antes; volvió la calma con el día, en que el sol alumbró para mostrar a bordo un cuadro desolador; rehicimos como pudimos el desconcierto que en nosotros y nuestra desbaratada impedimenta introdujo el temporal y volvi-



mos a concebir esperanzas de que un viento propicio nos permitiera salir de aquella ratonera, en cuanto el mar recobrase la calma precisa para que sobre ella pudiera bogar nuestra frágil embarcación.

El deseado viento de tierra saltó a los dos días, y aunque la mar aún no había recobrado la calma y la barra que cerraba nuestro refugio presentaba un aspecto poco tranquilizador, ante el temor de que al fin nos alcanzara el enemigo compelimos a la tripulación para que intentara la salida, y cuando después de unos minutos de ansia indescriptible, al paso de la barra, nos vimos en aguas libres del mar de China, parecía que el corazón se movía más libre dentro del pecho de cada pasajero.

El plan era alcanzar el puerto de *Aparri*, en la costa más septentrional de *Luzón*, porque en dicho puerto se aseguraba la presencia de un barco alemán, que había de recogerlos y llevarnos al vecino puerto neutral de *Hong-Kong*. ¡Excelente plan, si era realizable! Por lo pronto, nuestra frágil embarcación se lanzó intrépidamente a luchar con las embravecidas olas del mar de China, y no quedaba mal en su empeño, pero era a costa de su andar y de que se dilatara más de la cuenta el ansiado momento de llegar a *Aparri*.

Consecuencia del retraso fué que los víveres comenzaron a escasear, y el agua embarcada en toneles, a medida que en ellos bajaba su nivel, iba mostrando sus sorpresas al sacarla los pasajeros con los múltiples medios disponibles; en ocasiones, en el agua salía flotando un zapato de niño; otras tentativas sacaban a flote la varilla de un paraguas, y el resultado fué que en los dos días últimos de navegación una gran parte del pasaje moría de sed. La cuantía de ésta se advirtió cuando, ya a la vista de *Aparri*, señalado desde alta mar por la mancha blancuzca que en el azul del mar destacaba la desembocadura del río *Grande de Cagayan*, muchos nos abalanzamos a sumergir en el agua blanquecina cuantos cacharros hubimos a mano, y al probar esa mezcla de agua cenagosa, entre salada y dulce, nos pareció libar el néctar de los dioses.



XII. ¡PRISIONEROS!

Desembarcados en *Aparri* no exageraron su entusiasmo al recibirnos los españoles que allí había, porque sintiéndose, como en *Vigan*, la escasez de subsistencias, el problema se agudizaba con nuestra llegada. Nos acomodamos como pudimos, resueltos a esperar el suspirado barco alemán, del que en *Aparri* no tenían la menor noticia.

En busca de éstas acudíamos al puerto todos los días, y cuando en uno de estos volvía de mi diaria visita, al pasar cerca de un grupo de compatriotas sentados a la puerta de una farmacia, uno de ellos se levanta y resueltamente se dirige a mí:

—¿Es usted Montaner?—me preguntó.

—El mismo—contesté.

Se abalanzó en mis brazos.

—¿Pero no me conoces?—añadió.

Al contestarle negativamente me dijo que era Góngora, un antiguo camarada, que en fecha ya remota había comenzado conmigo sus estudios preparatorios para Ingeniero de Caminos en la Academia de Echegaray; no los continuó, y cambiando el rumbo de sus estudios se hizo abogado, y después Registrador de la Propiedad, que era el cargo con que estaba en Filipinas y por el que tenía ocasión de rememorar



conmigo los ya lejanos días estudiantiles. El hallazgo de un condiscípulo de la antigua Academia preparatoria de la plaza del Angel, tan conocida por todos los compañeros de mi tiempo, fué la única satisfacción de aquellos tristes días, en los cuales cada uno traía nuevos motivos de inquietud.

En uno de ellos, sin embargo, hubo momentos de regocijo general, y fué producido por la noticia de que el vigía del puerto anunciaba la presencia en el horizonte de un barco, que no podía ser otro que el esperado barco alemán, que había de libertarnos; acudimos en tropel al puerto para adelantar el momento de ver confirmada tan halagadora noticia, y los más impaciente se entrevistaron con el capitán del puerto, el cual se limitó a decirles que cuanto más se acercaba el barco más difícil le era precisar, por sus características, su nacionalidad; llegó a distancia en que fué posible distinguir su pabellón; aumentó la alegría al ver que era español, pero cambiado pronto por otro desconocido, el capitán del puerto acudió al libro de señales, por si en él podía descifrar el enigma. ¡Empeño vano! la bandera que el barco enarbolaba no figuraba en el libro de señales de la Capitanía; seguía el avance del barco, y cuando ya su proximidad permitió distinguir al personal sobre cubierta, el asombro de todos no tuvo límites: el barco venía rebosante de fuerza armada.

El buque fantasma, que tal nos pareció a nosotros, destacó una lancha con un destacamento de soldados, al mando de un teniente, que desembarcó con su piquete e intimó la rendición de las fuerzas que hubiera en *Aparri* y la entrega de éste, en plazo perentorio, para evitar el bombardeo de la población y subsiguiente desembarco y ataque, con todas las deplorables consecuencias para la población civil, aparte las derivadas del choque con las fuerzas que guarnecían la población.

De un rápido cambio de impresiones en la reunión de autoridades, convocadas inmediatamente, resultó el acuerdo de acceder a lo que se pedía, en vista de que al millar de hombres que como fuerzas de desembarco traía el vapor fondeado



a corta distancia, sólo podían oponerse dos docenas mal contadas de fusiles, con municiones para media hora; concertada la capitulación, se levantó un acta, fechada el 25 de agosto de 1898, en la que pomposamente se hacía constar que se respetarían vidas, haciendas y libertad de las fuerzas y peninsulares que hubiera en *Aparri*.

Desembarcadas las fuerzas, fué ocupada la población militarmente, y entonces averiguamos que las fuerzas eran del ejército revolucionario de la proclamada República filipina, cuyo presidente era *don Emilio Aguinaldo*; que el jefe de la fuerza era el coronel *don Daniel Tirona*, el cual tenía orden de su presidente de tomar posesión en nombre de la República, de todo el norte de Luzón; después supimos que el barco utilizado a estos efectos era el *Compañía de Fipinas*, vapor de la Compañía de Tabacos de las mismas, que meses antes salió de Manila por cuenta de la Compañía, a las órdenes de un capitán español; en alta mar se sublevó la tripulación indígena, dando muerte al capitán y oficialidad españoles y apoderándose del barco, que fué entregado a *Aguinaldo*, el cual lo utilizó para los fines que acaban de indicarse.

No hay que decir que, ocupada militarmente la población de *Aparri*, el acta pomposa de capitulación quedó convertida en un pedazo de papel más, y nosotros, los españoles, prisioneros, con todas nuestras autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas.





XIII. DONDE EL CAUTIVO CUENTA SU VIDA Y SUCESOS

No habrá seguramente nadie que imagine al leer el epígrafe de este capítulo, que va a encontrar un relato, que ni de lejos, recuerde en la forma y en el fondo lo que con igual indicación contiene el 28.º de la primera parte de la inmortal obra cervantina, porque aquella péñola sin par quedó colgada de la espetera, sin que haya, ni pueda haber, presuntuosos y malandrines historiadores que la descuelguen para profanarla, y mucho menos este plumífero indocumentado, que se limita a rememorar sus malandanzas, para solaz del lector, si es que lo tiene.

Constituidos en prisioneros de las fuerzas revolucionarias filipinas, comenzó nuestra penosa odisea, que había de durar diez y seis meses. En el primer momento, nada tuvo que lamentar la población civil, pero sí los del clero regular español, que sufrieron vejámenes motivados, de una parte, por el odio a la clase, anidado de larga fecha en el pecho de la raza tagala, a la que pertenecían las fuerzas revolucionarias, y por otra, a la codicia, por considerar a los frailes guardadores de fantásticos tesoros.

A los pocos días de la entrega de *Aparri*, apareció en mi residencia un soldado rojo, como lo llamaríamos ahora, recor-



dando a sus similares de Rusia, y que entonces más bien se nos hubiera ocurrido llamarle soldado verde, atendido el color de su cara; sea un color u otro el de su designación, la orden que traía nos pareció de castaño oscuro, porque era que en un plazo de horas nos preparásemos a embarcar en el *Antonio López*, remolcador de vapor que la Compañía de Tabacos de Filipinas tenía para el transporte de su mercancía por el río *Grande de Cagayan*; no se limitó el marcial emisario de la República filipina a transcribirnos esa orden a rajatabla, sino que, fijándose en las botas que yo calzaba, me mostró su deseo de que le hiciera de ellas graciosa donación; con el ademán más afable y la más meliflua expresión de que entonces pude disponer, me atreví a someter a su más elevado criterio la consideración de que el momento de prepararnos para la excursión a que amablemente nos invitaba tal vez no fuera el más indicado para darle la muestra de afecto que me proponía, sobre todo teniendo en cuenta que en aquel preciso momento el número para contar mis pares de botas disponibles era impar y no llegaba a tres. Sea que le convencieran mis razonamientos, o, lo que es más probable, que como el calzado en aquel país no es para los indígenas artículo de primera necesidad, pasara el momentáneo capricho, el caso es que no insistió y quedó sin más trámites solucionado el que para mí se presentaba como pavoroso conflicto.

Embarcado con mi familia y demás compañeros de cautiverio a bordo del *Antonio López*, antes de que zarpara fuimos testigos de una escena odiosa, y fué, que a un peninsular, ayudante de Montes, le administraron sobre cubierta una docena de bejucazos; preguntado el motivo, resultó serlo la denuncia de un compatriota, cuya hija, haciéndose superior a las amarguras de aquellos tristes días, había intentado con el forestal realizar unos planes, con los que el papá de la apasionada niña no estaba totalmente conforme. Los sumarios procedimientos penales de la naciente República no nos parecieron la última palabra del derecho y dejaron en la población de a bordo una penosa impresión.



Arrancó el remolcador y comenzamos nuestro viaje remontando el curso del río *Grande de Cagayan* y haciendo frecuentes paradas para desembarcar a los frailes prisioneros que llevábamos a bordo; entre ellos venía el obispo de Ilocos, que también le obligaron a desembarcar en uno de los poblados que existían a orillas del río.

Aquel día pernoctamos a bordo; seguimos al siguiente el viaje río arriba, y al amanecer, después de la segunda noche, nos desembarcaban en la orilla próxima al embarcadero de *Tuguegarao*, capital de la provincia de *Cagayan*; habíamos recorrido en navegación fluvial unos cien kilómetros.

Recibimos al desembarcar amable acogida de un alemán, que por aquellos lugares tenía casa y almacén para su negocio, y aunque no disponía más que de unas botellas de ginebra, que no era el licor más apropiado para las señoras, que en bastante número figuraban en la caravana de prisioneros, se agradeció la fineza, que sirvió para confortar algo los cuerpos entumecidos por la estancia a bordo y la humedad del río.

Cuando ya el sol comenzaba a completar por vía externa la benéfica acción térmica que la Ginebra ejerciera al interior, organizóse la conducción de los cautivos entre bayonetas, desde el lugar del desembarco a la población de *Tuguegarao*; la distancia no es larga, pero a nosotros nos lo pareció, porque el espectáculo del desfile de prisioneros, ante las atónitas miradas de los indígenas, resultaba desconsoladoramente depresivo para nuestro prestigio de raza, que hasta aquella fecha no había recibido en aquella apartada provincia análogo quebranto.

Nos alojaron en un edificio de los mayores de la población, que antes había sido colegio de Dominicas y ahora iba a ser prisión de *castilas*; quedaron allí por lo pronto, encerrados los del sexo masculino, y como la separación de sexos no parece que tenía un gran fundamento y motivó enérgicas protestas de las señoras primero, y luego sus reiteradas súplicas para que se dejara sin efecto la orden de separación, que era una crueldad inútil, a las pocas horas volvieron a en-



contrarse reunidas las familias, en las que la separación de sexos había despertado serias alarmas, por interpretar en el peor sentido lo que no había sido más que una poco meditada prueba de consideración a las señoras, a las que no quisieron en el primer momento los revolucionarios someter a la reclusión impuesta a los prisioneros del sexo fuerte.

Durante nuestra reclusión en el ex colegio de Dominicas fué sometido nuestro equipaje a una escrupulosa revisión, de la que resultó nuestra impedimenta aligerada de todo cuanto nuestros guardianes estimaron para ellos de algún valor; allí desapareció, entre otras cosas de valor material, una que tenía valor afectivo grande para mi familia, un pequeño dije de oro, recuerdo estimadísimo de nuestros antecesores; fué inútil que se lo indicáramos al capitán tagalo, que se lo apropió; allí desapareció mi decorativo título profesional, que tal vez garantice oficialmente la competencia profesional de alguno que suplante mi personalidad en aquellas lejanas tierras. o, lo que es más verosímil, tal vez a la vacilante luz de una lámpara de aceite de coco, sirva como religioso símbolo a los fervores religiosos de alguna de aquellas filipinas tan fáciles para convertir en objetos de su devoción todo lo que es a sus ojos misterioso o indescifrable.

A las molestias de la reclusión se unieron las del hambre y la sed, porque el agua nos la facilitaban con cuenta gotas, y en cuanto a comestibles, nos brindaron, como único, un guiso de *babuit* (cerdo), presentado en una jofaina, que por las apariencias había sido utilizada por toda la compañía de nuestros carceleros para sus servicios de aseo personal.

Aquella situación no podía continuar, y como lo comprendieron así nuestros guardianes, que carecían de recursos para sostenernos, adoptaron la única solución práctica posible, que fué abrir las puertas de nuestra prisión y dejar que nos las arregláramos como pudiéramos en *Tuguegarao*, donde tan sujetos estábamos libres como reclusos, puesto que carecíamos de medios de fuga, y aunque los hubiéramos tenido, hubiéramos sido en el acto descubiertos por los indígenas, que



estaban a la incondicional disposición del nuevo Gobierno revolucionario.

A los dos días de nuestro ingreso en aquella improvisada cárcel salimos de ella y buscamos alojamiento en las casas particulares de *Tuguegarao*, donde no encontramos más dificultad para instalarnos que la escasez de viviendas disponibles, lo que dió lugar a que en las utilizables se llegara a una muy molesta, pero pintoresca aglomeración; desde luego, por única cama disponíamos del santo suelo, que no era un lecho muy cómodo, porque allí los suelos son generalmente de *ipil* (1), madera filipina durísima a la que sólo por frotación se le saca un brillo de mármol; cada departamento de la casa se le dividía en dos o tres sectores, por medio de cortinas, para que sirviera a dos o tres familias, y si algún individuo de ellas había de salir a media noche por alguna ineludible necesidad, el problema de sortear los obstáculos humanos que a su paso encontraba, presentaba los más curiosos e imprevisos aspectos.

Pasados los enojos de los primeros momentos, nuestros dominadores no sólo no extremaron sus rigores, sino que, consecuentes con la muestra de hidalga consideración que desde el primer instante prodigaron a las señoras, se vieron éstas un buen día sorprendidas con una invitación atenta a una comida y recepción, que en su honor iba a dar *don Daniel Tirona*, jefe superior de las fuerzas revolucionarias de ocupación en *Cagayan*; no era posible rehusar invitación tan galante, y con forzada cortesía acudieron las señoras y sus allegados a la cena, que fué espléndida y a la que, entre otros, acudió el capitán de la mencionada requisa en el ex convento de Dominicas, ostentando como adorno en la cadena de su reloj el dije de oro de mi propiedad que pocos días antes se apropió.

(1) Véase *Pardo*.—*Materiales de construcción*.—1885, página 280.





XIV. DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DEL CAUTIVO

Del relato de mi cautiverio hecho hasta ahora sacarán los lectores la impresión de que los tagalos no extremaban con nosotros sus rigores; alguna excepción podría apuntarse, y desde luego en ella hay que señalar el comportamiento con el personal del clero regular español, que en general fué duro y con algún que otro prisionero de las clases civiles y militares, como el registrador de la Propiedad de *Tuguegarao* y el teniente *Piera*, jefe de la Guardia Civil de *Aparri*; los reprobables excesos de que fueron víctimas esos compatriotas no tienen justificación, porque nunca la tiene la crueldad con seres indefensos, pero tiene explicación: en los frailes, por ser los más directos dominadores del indígena, en nombre de la *Metrópoli*, y en cuanto a los referidos desgraciados compatriotas, porque su exagerado y mal entendido celo patriótico les había arrastrado durante nuestro gobierno colonial a excesos que provocaron luego represalias.

Si las autoridades del Gobierno republicano filipino se conducían en general benévolamente con los prisioneros y hasta llegaban a organizar fiestas en su honor, ¿por qué adoptaron una medida tan radical como la de declarar prisioneros a cuantos españoles residían en sus dominios? Para



contestar a esta pregunta hay que tener en cuenta que el pueblo filipino, como organismo político, estaba en su primera juventud, y, como todos los jóvenes, mostraba una fe ingenua, rayana en el candor; creía en la solidaridad internacional y pensaba que en el momento en que un Gobierno de raza malaya decretara el cautiverio en masa de los españoles, no sólo España, sino todas las naciones europeas y americanas de raza blanca se levantarían en bloque contra la República yanqui, para exigirle la liberación de los españoles, y entonces era el momento de que el Gobierno de *Malolos* (capital de la República filipina) reclamaría como precio del rescate el reconocimiento de su República.

Los prisioneros españoles eran, por lo tanto, considerados, más que como prisioneros, como rehenes, y de aquí que, en general, no hubiera sistemático propósito de maltratarlos.

Eran unos firmes creyentes esos noveles gobernantes filipinos, y ni la indiferencia de las naciones neutrales, ni aún el menguado calor de la misma España en el problema de los prisioneros, con escasas y notabilísimas excepciones, como la del Cuerpo de Caminos, fueron suficientes a desmoronar el castillo de la fé ingenua del Gobierno filipino.

Firme en su propósito, mantuvo en su poder a los prisioneros españoles la República filipina mientras ésta subsistió; eso de que los *mantuvo* no pasa de ser una figura retórica, porque se mantuvieron los que por sí mismos pudieron mantenerse, y los que no, murieron de muerte adminícula y pésima, que es la del hambre; de hambre cayeron en aquella época infausta centenares de españoles en todas las provincias del Archipiélago filipino, y ese hubiera sido el aciago final de los de la de *Cagayan* si no hubieran tenido la suerte de encontrar allí un gran español, patriota de los de oro de ley, en un país como aquel, donde tanto abundaban los de *doublé*.

El patriota a que me refiero fué *don Manuel Nieto*, jefe en *Tuguegarao* de los servicios de la Compañía General de Tabacos de Filipinas. Es el valle de *Cagayan* una de las regiones en las que esa poderosa Compañía tiene su más flore-



ciente negocio, y como ésta era y continúa siendo la base de la riqueza de aquel país, no hay para qué decir que la organización de la Compañía fué respetada por el Gobierno revolucionario filipino, y por tanto, el personal de la Compañía continuó disfrutando de igual libertad, derechos y preeminencias con el nuevo Gobierno que con el antiguo colonial; tampoco el Gobierno yanqui puso dificultades a la Compañía, que, a pesar del bloqueo, pudo estar en constante comunicación con las oficinas centrales de Manila.

Concentrados en *Tuguegarao*, donde la Compañía tenía instaladas sus oficinas, unos cuantos centenares de españoles, cuya muerte por hambre era segura en plazo breve si no se acudía a su remedio, tuvo el jefe de la *Compañía de Tabacos de Filipinas* en *Tuguegarao*, don Manuel Nieto, la hombrada de asumir la responsabilidad de anticipar a todos los prisioneros los fondos que mensualmente necesitaban para su subsistencia mientras continuaran allí privados de libertad; su decisión fué firme e irrevocable, porque lo hizo a base de que si el Servicio Central de la Compañía en Manila no aprobaba su resolución, él la mantendría con cargo a su fortuna particular; por esto comenzó a auxiliar a los prisioneros, poco después de que éstos se instalaron en las viviendas disponibles a tal efecto en *Tuguegarao*, como antes se ha dicho, y continuó en tan patriótica actitud sin vacilación, a pesar de que la Gerencia de Manila no resolvió sobre su propuesta hasta nueve meses después del en que don Manuel Nieto comenzó a poner en práctica su generosa y arriesgada resolución; aprobó la Compañía, al fin, la loable iniciativa de su jefe en *Tuguegarao*, y por eso merece bien de la patria española, para la que salvó a centenares de sus hijos; pero la patria debe considerar también el nombre de don Manuel Nieto, desgraciadamente desaparecido hace dos años, entre los de perdurable recordación (1).

(1) Es de justicia unir en el recuerdo al nombre de don Manuel Nieto el del español filipino don Ambrosio Lasa, agente de la misma



Asegurada nuestra vida por lo que al diario sustento se refería, y no muy en peligro por los riesgos que de nuestros amos pudieran provenir, fuimos poco a poco acomodándonos, sin el amontonamiento de los primeros días, que sin riesgo para la salud no hubiera podido prolongarse mucho.

Con la vida ociosa y tranquila, comenzó la loca de la casa a realizar su labor, que empezó a resultar demoledora, porque la reflexión sobre nuestra triste suerte, y el no ver de qué modo podría nuestro problema tener satisfactoria resolución, eran elementos suficientes para conducirnos a la desesperación. Para no caer en ella, acudí primeramente a profundizar en el estudio del "Quijote", del que, afortunadamente, pude salvar un ejemplar de la edición económica en un tomo, que poco antes publicara la casa Taso, de Barcelona; había llegado en mis concienzudas lecturas a la sexta, cuando un compañero de infortunio buscó en mi ejemplar, análoga medicina a la que tan reiteradamente me venía yo propinando; me pareció cruel negarle este recurso a mi compatriota por continuar prodigándomelo yo y por esto no acometí la séptima lectura.

Comprendí entonces toda la grandeza y profundidad de la obra inmortal, cuando, contra lo corriente en la literatura vulgar, lejos de producirme hastío la reiteración en la lectura de esa obra cumbre, el interés de ésta acrecía a cada nuevo repaso de la misma.

Vaya esta observación, no en elogio de la monumental creación cervantina, porque un nuevo elogio de mi pluma ruin, sería, a la hora de ahora, de una ridícula superfluidad, sino para mostrar todo el valor de mi renuncia a ese progresivo caudal de satisfacciones mentales, para que las saboreara otro compañero de fatigas, tan necesitado de aquéllas como yo.

Para huir de la temida desesperación había, pues, que

Compañía, que rivalizó con su digno jefe en las atenciones para los españoles prisioneros.



acudir a otros recursos, y estos fueron los modestísimos de mi cultura matemática. ¡Oh manes de *Taylor* y *Mac-Laurin*, recibid mi modesta ofrenda de gratitud, porque vuestras famosas series, que tan antipáticas me fueron cuando me las exponían en la Academia preparatoria, allá por mis años mozos, fueron mucho más tarde mi consuelo y mi salvación en aquellos negros días de mi cautiverio filipino! Si, señor, fueron mi salvación y mi consuelo, porque ellas me sirvieron para reproducir en estos modernos tiempos parte de la ciclópea labor realizada en otros ya lejanos, por *Neper* y *Briggs*, y con esa labor de revisión de la que antaño hicieron esos esclarecidos varones llegaba hasta olvidar las desolaciones y tristezas de aquellos días infaustos.

Fue, pues, el caso que me di a calcular logaritmos cuyas mantisas rivalizaban en número de decimales con las del mismo *Callet*; pero cuando ya tenía varios centenares, me ocurrió hacer respecto a ellas la misma observación que aquel baturro cuando, al ponderarle las ventajas del automóvil le decían que con él salía a mediodía de *Zaragoza* y antes de la una estaba en *Gallur*, a lo que contestó mi paisano: ¿y qué hago yo a la una en *Gallur*?; eso mismo me dije yo al verme en pacífica posesión de tanto logaritmo: ¿qué hago yo con estos centenares de logaritmos?; y como no era fácil su permuta por un par de pantalones o media libra de arroz, que en aquellas circunstancias eran de mucho más provecho que ese menguado fruto de mis lucubraciones matemáticas, me pareció que para la finalidad única de ellas, que era apartar mi atención de nuestras inevitables miserias, sería una feliz solución el dedicar ese arsenal numérico a la construcción de una regla de cálculo, y a su preparación dediqué mis actividades, utilizando a dicho fin algunos trozos de papel tela, facilitados en las oficinas de la Compañía General de Tabacos.

Por lo pronto, aquello sólo sirvió para alejar el fantasma de la desesperación y de paso asombrar a mis familiares, realizando rápidamente los complicados cálculos que exigía



la reducción de las medidas y pesas filipinas a las del sistema métrico, pero en lo porvenir deduje más positivos provechos.

Nadie puede adivinar las prácticas consecuencias que en lo futuro puede tener el ejercicio de la actividad, y aquella, que de momento tenía para mí por finalidad única, apartarme del peligro de la desesperación, tuvo a *posteriori* como consecuencia, el aficionarme al ejercicio de la regla de cálculo, al que no éramos muy devotos la mayoría de los ingenieros de mi tiempo y que confieso me ha prestado luego en la práctica de mi profesión, servicios utilísimos.

Mis recursos eran fecundos para consumir el tiempo de nuestra cautividad, pero ésta duraba más que aquéllos, y, agotados unos, había que acudir a otros; después de lo que la regla de cálculo dió de sí, fué preciso reinventar las tablas trigonométricas, y como veía que nuestro negro porvenir daría para todo, decidí calcular el valor de las cuatro clásicas líneas, de 10 en 10 segundos y con 10 decimales, con lo que había larga tela cortada. Quiso nuestra buena estrella que no se confirmaran mis negros pesimismo, porque la libertad me sorprendió en el grado 5, y a esa para mí feliz contingencia, se debió el que las generaciones venideras perdieran la obra monumental que les preparaba.



XV. LA SANTA LIBERTAD

Fueron los revolucionarios filipinos, auxiliares insustituibles para que los americanos se apoderaran de Filipinas, de hecho primero y luego de derecho; por esto al declararse la guerra hispano-americana los yanquis trajeron a los jefes de la revolución filipina al Archipiélago desde Hong-Kong, en donde se habían refugiado después del pacto de *Biac-na-bató*; levantaron prontamente el país contra los españoles y lograron fácilmente completar el bloqueo de Manila, para el que las fuerzas del general *Merrit* hubieran resultado insuficientes; lograron con esto la rendición de Manila y dar al mundo la impresión de que el pueblo filipino estaba frente a España, con lo cual, al despojo legalizado por el tratado de París podía dársele las disimuladas apariencias de liberación del pueblo filipino, que sin la ayuda de éste no pudieran aducir.

Con estos antecedentes, fácilmente se explica el que durante la guerra hispano-americana dieran los yanquis toda suerte de facilidades a los revolucionarios filipinos para constituir su República, cuya capitalidad ya se dijo que se estableció en *Malolos*, pueblo del centro de Luzón; dicho pueblo era la residencia oficial del Gobierno filipino y del presidente de la República, *don Emilio Aguinaldo*.

Se firmó en diciembre de 1898 el tratado de paz entre



España y los Estados Unidos, y desde entonces las cosas cambiaron y comenzaron los rozamientos entre americanos y filipinos, rozamientos que determinaron en febrero de 1899 la ruptura entre los yanquis y el Gobierno filipino. Llegó a nosotros lo noticia de la ruptura porque las autoridades revolucionarias de *Tuguegarao* organizaron una manifestación pública contra los Estados Unidos, y tuvimos ocasión de presenciar un hecho curioso, cuya indicación no se debe omitir. Se preparó la manifestación para un domingo, y no fué sola la invitada a ella la población indígena de *Tuguegarao*, sino la de todos los poblados próximos que de esta capital dependían, y cuando a la hora convenida fueron llegando las gentes de los poblados, vimos, con asombro, la marcial entrada de las gentes de un poblado, desplegando una bandera española y a los bélicos acordes de la *Marcha de Cádiz*; costó trabajo a los organizadores de la manifestación antiyanqui convencer a sus enardecidos compatriotas de que ni la marcha aquella, ni la bandera roja y gualda, eran adecuadas al acto para que se les convocaba, y entonces supieron aquellos buenos filipinos que la soberanía española hacía ya meses que había dejado de existir.

Se comprenderá por este incidente, que en el movimiento revolucionario no tomó parte activa la totalidad del pueblo filipino, el cual fué arrastrado en su marcha insurreccional por los elementos activos de la raza tagala, que era la de las provincias del centro de Luzón; contra ellas tuvieron que luchar las fuerzas americanas, que lentamente se fueron posesionando del país.

Era ya entrado el otoño de 1899 cuando llegaron rumores de que por las zonas altas de las *Caraballos*, cordillera que separa la región del valle de *Cagayan* de las centrales de Luzón, habían irrumpido en el valle numerosas fuerzas yanquis, que daban buena cuenta de las mermadas y débiles fuerzas filipinas; pronto vimos confirmados los rumores, porque en la primera quincena de noviembre advertimos un buen día ocupadas las calles de *Tuguegarao* por robustos soldados



negros, bien armados y cubriendo sus encrespadas testas con el clásico fieltro del ejército yanqui.

Vinieron compañeros de infortunio a darme la grata nueva y cuando me disponía a salir para comprobarla personalmente, me vi sorprendido por la presencia en nuestra calle de uno de aquellos negrazos, que en mangas de camisa y sin armas, gesticulaba y peroraba en lengua desconocida, ante las estupefactas caras de un auditorio indígena; pregunté por el asunto de su peroración y me dijeron que estaba explicando un tema bíblico, con el fervor que en estos empeños religiosos ponen los catequistas del protestantismo norteamericano.

No necesité más para convencerme que el nuevo orden de cosas era un hecho; la exteriorización práctica de la libertad religiosa en las calles de *Tuguegarao* era un fenómeno tan extraño en aquel país, que por trescientos años fué impenetrable feudo de la unidad católica más rígida, que el sermón luterano del negrazo fué más eficaz y fulminante prueba que cuantas noticias me habían dado de la dominación de Filipinas por la República yanqui.

Sustituidas las autoridades del Gobierno filipino por las del ejército norteamericano de ocupación en *Cagayan*, quedamos de hecho en libertad, y como por el tratado de París el Gobierno de los Estados Unidos se comprometió a la repatriación de los españoles, nuestro viaje de regreso a Manila se hizo por cuenta del Gobierno yanqui.

Salimos de *Tuguegarao* el 19 de diciembre de 1899, y como caímos prisioneros de los filipinos en *Aparri* el 25 de agosto de 1898, nuestra cautividad había durado un año, tres meses y veintitrés días, es decir, diez y seis meses en números redondos.

Aparte la grata noticia de nuestra liberación, la primera satisfacción intensa y una de las más grandes de mi vida profesional es la que recibí a bordo del vapor *Tarlac*, que nos conducía de *Aparri* a Manila, cuando me entregaron el telegrama en el que desde dicha capital, en nombre del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, me saludaban y se ofrecían para



cuanto necesitara; el telegrama corrió de mano en mano por todo el pasaje de ex prisioneros, que me felicitaba por pertenecer a un Cuerpo que daba un tan alto ejemplo de compañerismo.

La voz de mi familia profesional, que de tan lejos llegaba a consolarme, y la satisfacción de ver tan en alto y tan envidiado el nombre del Cuerpo, me produjeron una de las horas de más inefable dicha de cuantas recuerdo en mi ya larga vida ingenieril y di en aquel momento por bien pagadas las amarguras de mi prisión, que dieron lugar a ese hermoso ejemplo de solidaridad, tanto más elogiado por mis compañeros de infortunio cuanto que fué el único que entonces se dió, con figurar entre los ex prisioneros, profesionales de los más diversos Cuerpos y clases del Estado.

Llegamos a Manila el 23 de diciembre de 1899; asistimos allí a la agonía y muerte del siglo XIX y nacimiento del XX; recibimos la impresión amarga de la dominación yanqui en un país que durante las tres últimas centurias había sido nuestro; la Comisión liquidadora hizo entrega de nuestros alcan-ces, con los que reintegramos a la *Compañía General de Tabacos* de sus generosos anticipos, y en dos expediciones, una el 13 y otra el 25 de enero, fuimos repatriados a España.

Me correspondió el embarque en la segunda, es decir, en la que salió de Manila el 25 de enero de 1900, en cuyo día zarpamos del puerto de dicha capital, a bordo del *Isla de Panay*, viejo barco de la Compañía Transatlántica.

No hay para qué decir que durante la travesía de retorno a nuestros patrios lares di nuevamente muestra de mi falta de condiciones para la vida del mar, a pesar de que los cuatro años de mis andanzas ultramarinas, en frecuente relación con el líquido elemento, debían ya haberme familiarizado con éste; creo que los lobos de mar que haya en nuestro Cuerpo encontrarán, con estos antecedentes, perdonable mi sincera confesión, respecto a que de los tres apelativos de nuestra designación profesional, la balanza de mis simpatías se inclina



un poco más al platillo de los Caminos y Canales que al de los Puertos.

Desembarcamos en Barcelona el 22 de febrero del referido 1900, y nuevamente fué nuestro Cuerpo la admiración y envidia del pasaje, al ver el conmovedor y entusiasta recibimiento que mis compañeros barceloneses me prodigaron al fondear el vapor en aguas de la capital del Principado.





XVI. RONDO FINAL DEDICADO A MIS COMPAÑEROS JOVENES

La recepción de mis compañeros madrileños, no desmereció de la de los barceloneses; allí el gran Maluquer, aquel inolvidable compañero que no hace mucho perdimos y al que tanto debe el Cuerpo, me recibió en sus brazos; al llegar a Madrid, y a los pocos días, me hizo entrega del importe líquido de la parte que me correspondía de la suscripción que para mi rescate hizo el Cuerpo.

Entonces me enteré de que en el número 1.253 de la *Revista de Obras Públicas*, correspondiente al 28 de septiembre de 1899, se había iniciado una suscripción para mi rescate entre los compañeros del Cuerpo; que la suscripción fué acogida con entusiasmo, no sólo por todos los compañeros, sino también por los alumnos de la Escuela, y que hasta contribuyó a ella algún periódico profesional; mi corazón rebosó de gratitud ante tan espontánea muestra de compañerismo; numerosos fueron los casos en que los compañeros rebasaban las cifras de la cuota media en su afán de aumentar la suscripción; compañero y amigo del alma hubo (1) que hizo

(1) Sebastián Tauler, perdido prematuramente para sus amigos y para el Cuerpo, cuando tanto podía esperarse de su inteligencia y laboriosidad excepcionales.



subir su cuota a más de 300 pesetas, y un suscriptor anónimo llegó a 500; puse empeño en conocer el nombre de éste último y pude saber que fué el mismo *Maluquer*, que, no satisfecho con su labor en mi pro al frente de la *Revista*, llegó en su desbordante generosidad a ese rasgo, que tal vez nadie conozca y que yo descubro ahora, ya que, desgraciadamente, no me puede reprochar la indiscreción.

Durante más de tres meses la *Suscripción Montaner*, que así se llamaba, dió en el órgano de nuestro Cuerpo un alto ejemplo de solidaridad profesional y constituyó para mi una deuda de gratitud que no he de poder pagar en mi vida, por larga que sea.

Para estas deudas impagables le queda al favorecido, como único recurso a su alcance, el hacer públicos los beneficios recibidos, y esta es la principal finalidad de estas deshilvanadas páginas de mi vida filipina.

Otra finalidad tienen, y es mostrar a la nueva generación de Ingenieros, que no conocieron aquellos tristes días del derrumbamiento de nuestro Imperio Colonial, que no todo fué entonces lamentable degeneración; que hubo una colectividad que mostró, enhiesta y viril, su vigorosa personalidad; esa colectividad fué el Cuerpo de Ingenieros de Caminos.

¿Por qué dió entonces tan alto ejemplo?: Porque mantuvo vivas las virtudes que en nuestra Escuela le inculcaron; pero esto no era suficiente; los más altos valores éticos se agostan en flor como no haya medio de exteriorizarlos; para exteriorizarlos es preciso que, además de ellos, aliente en la colectividad el espíritu corporativo; ese espíritu corporativo, que tan ostensiblemente se exteriorizaba en la robusta vida que entonces tenía nuestra Asociación; Asociación que fué el alma de aquel generoso movimiento, que tan alto puso el nombre del Cuerpo.

Pasaron los años, y con los años los entusiasmos, exteriorizados no sólo en mi caso, sino en algunos procesos célebres, que están en la memoria de los compañeros de aquel tiempo; se ha ido enfriando lentamente el espíritu corporativo,



hasta darse recientemente el caso de que casi la mitad de nuestro Cuerpo estaba fuera de la Asociación, y de que fué preciso un heroico rasgo de los compañeros de la Escuela para que el glorioso órgano de nuestro Cuerpo no muriera por inanición.

Es de justicia confesar que algo ha reaccionado el Cuerpo últimamente; pero como todavía es corriente el desdén de muchos jóvenes por la Asociación y por el órgano de nuestro Cuerpo, es mi deber decirles que la hermosa página escrita por nuestro Cuerpo en el caso de mi liberación, y otras no menos hermosas que dejó escritas en casos análogos, no podría ostentarlas nuestro Cuerpo en su limpia ejecutoria si no existiera la Asociación y si no se dispusiera de nuestro venerable órgano de publicidad.

Al uno y a la otra podrán achacárseles cuantos defectos sea de justicia achacar, y no he sido yo el menos remiso en sacarlos a luz, pero el mantener ambas organizaciones es vital para nuestro Cuerpo, y convencido como estoy que éste quedaría hoy a la misma altura que quedó en mi caso, es preciso hacer cuanto se pueda para que cuando dicho caso llegue no le falten al Cuerpo medios materiales de demostrar sus virtudes, virtudes que el último de los compañeros hace votos porque vayan en aumento, para que, así como en las antiguas edades los altos merecimientos del pueblo-rey fueron tales que bastaba que el ciudadano romano dijera *civis romanus sum*, para que fuera considerado, debemos aspirar a que, para ser en todas partes considerados, nos baste con decir: *Soy Ingenieros de Caminos*.

Madrid, 20 de noviembre de 1929.



...que en el momento de la redacción de este libro, el autor no tenía a su disposición los datos necesarios para poder hacer un estudio más detenido de la materia.

...de la obra, que se ha tratado de hacer lo más completa posible, pero que, por las limitaciones de espacio, no se ha podido incluir todo lo que se deseaba.

...que se ha tratado de hacer lo más completa posible, pero que, por las limitaciones de espacio, no se ha podido incluir todo lo que se deseaba.

...que se ha tratado de hacer lo más completa posible, pero que, por las limitaciones de espacio, no se ha podido incluir todo lo que se deseaba.

...que se ha tratado de hacer lo más completa posible, pero que, por las limitaciones de espacio, no se ha podido incluir todo lo que se deseaba.

INDICE

	<i>Páginas.</i>
DEDICATORIA	5
A modo de prólogo.....	7
Post-Scriptum	9
I.—Aspiraciones ultramarinas de un ingeniero aspirante.....	11
II.—Con rumbo hacia allá.....	13
III.—Mi llegada	17
IV.—Mi posesión	21
V.—En el servicio de faros.—Un contratista.....	23
VI.—El Padre Galán.....	25
VII.—En lucha con los elementos.....	29
VIII.—La revolución filipina.....	33
IX.—Sic fata voluere.....	39
X.—La ciudad alegre y confiada.—¡Sálvese el que pueda!...	43
XI.—El éxodo.....	47
XII.—¡Prisioneros!	51
XIII.—Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.....	55
XIV.—Donde se prosigue la historia del cautivo.....	61
XV.—La santa libertad.....	67
XVI.—Rondó final dedicado a mis compañeros jóvenes.....	73





FUNDACIÓN
JUANELO
TURRIANO

ADVERTENCIA

Los Ingenieros de Caminos, que por desconocimiento de su dirección o por extravío, no hubieran recibido este folleto, pueden pedirlo a su autor residente en Madrid, calle de Andrés Mellado, 4, principal, derecha.

